

Ontología y mundo externo en Berkeley

Berkeley's Ontology and External World

Alberto Luis López

University of Western Ontario/Universidad Nacional Autónoma de México

ORCID: 0000-0002-0312-0708

Resumen

Es habitual que algunos lectores confundan la postura de Berkeley al creer que niega la existencia del mundo externo y que su filosofía lleva inevitablemente al solipsismo. Frente a estas lecturas, analizo en este artículo el tema de la relación entre ontología y mundo externo en Berkeley, con el propósito de aclarar algunos desaciertos interpretativos sobre el asunto y mostrar con ello tres cosas: 1) que se trata de un error creer que su filosofía elimina el mundo externo y lleva al solipsismo, 2) que en la propia ontología está la clave para entender la constitución del mundo externo, y 3) que Dios le da el sentido último a ese mundo.

Abstract

It is common for some readers to misunderstand Berkeley's position by believing that he denies the existence of the external world, and his philosophy inevitably leads to solipsism. Faced with these readings, I discuss in this paper the relationship between ontology and external world in Berkeley, with the aim of clarifying some interpretative errors in that matter and showing with that three things: 1) that is a mistake to believe Berkeley's philosophy eliminate the external world and lead to solipsism, 2) that in his ontology itself is the key to understand the constitution of the external world, and 3) that God gives the ultimate meaning of that world.

Palabras clave

Berkeley, mundo externo, ontología, Dios, solipsismo

Keywords

Berkeley, External world, Ontology, God, Solipsismus

Fecha de recepción: Enero 2020

Fecha de aceptación: Mayo 2020

Introducción

Pese a lo que algunos lectores contemporáneos aún creen, a partir, quizá, de lecturas poco profundas, el inmaterialismo berkeleyano no es una filosofía que lleve al solipsismo y Berkeley no es un filósofo que ponga en duda la existencia del mundo externo independiente de nuestra percepción; por el contrario, el filósofo irlandés reconoce en todo momento, sin dudar siquiera, que hay un mundo externo al sujeto perceptor realmente existente. Considera, sin embargo, –y eso es tal vez lo que confunde a algunos– que para probar mejor la existencia de dicho mundo es imprescindible mostrar antes la inexistencia de la sustancia material, pues al hacerlo elimina todo representacionismo y, como consecuencia, cualquier tipo de escepticismo o ateísmo vinculado a éste.

En este trabajo no me ocuparé de las críticas ni de los argumentos esgrimidos contra la sustancia material, tampoco me detendré en el tema del conocimiento nocional (cuya naturaleza refuta la falsa creencia de que el inmaterialismo lleva al solipsismo)¹, lo que sí retomaré serán algunos aspectos de la ontología berkeleyana que resultan útiles para tratar el tema del mundo externo. Para realizar esta labor me serviré básicamente de tres obras: *Philosophical Commentaries* (1707-08), *An Essay towards a New Theory of Vision* (1709), y *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge* (1710)².

1. El inmaterialismo y el mundo externo

Como sabemos, el objetivo implícito de los *Principles* es demostrar la inexistencia de lo que los filósofos llaman ‘materia’ para, con ello, presentar los beneficios de la propuesta inmaterialista; sin embargo, tras los primeros §33 párrafos de la mencionada obra, Berkeley se siente obligado a responder a una cuestión central que ha causado confusión en algunos de sus lectores, a saber, que al no haber materia entonces tampoco puede haber mundo material externo al sujeto, lo que trae como consecuencia que el inmaterialismo del irlandés sostenga un estrambótico mundo ideal conformado, en su totalidad, por puras ideas. Berkeley era consciente de esa mala interpretación, lo que puede confirmarse en su relación epistolar con John Percival³, y por eso se vio obligado a explicar de qué manera sigue existiendo la realidad externa, el mundo, sin una sustancia material que la soporte. En *Principles* §34 abordó esta cuestión como una de las principales objeciones que algunos lectores le podrían hacer:

En primer lugar, entonces, se objetará de los principios precedentes que todo lo que es real y substancial en la naturaleza se desvanece del mundo, y que en su lugar sólo queda un plano quimérico de ideas. Todas las cosas que existen lo hacen sólo en la mente, es decir, son puramente nocionales. ¿Qué sucede entonces con el sol, la luna y las estrellas? ¿Qué debemos pensar de las casas, los ríos,

las montañas, los árboles y las piedras o, más aún, de nuestros propios cuerpos? ¿Son todos éstos meras quimeras e ilusiones de nuestra fantasía?⁴.

Si uno lee sólo esta parte ciertamente podría pensar que sin la materia la existencia del mundo externo se ve perjudicada, sin embargo, si lee todo el párrafo y los siguientes puede percatarse de que para el irlandés es todo lo contrario, pues el hecho de que no haya materia en nada perjudica al mundo. Por eso el autor responde ante tales dudas en los términos siguientes: “Respondo que por los principios establecidos no perdemos ninguna cosa en la naturaleza. Cualquier cosa que vemos, tocamos, oímos o de cualquier manera concebimos o entendemos, permanece tan segura como siempre y es tan real como siempre”⁵. Por eso mismo, basado en sus postulados inmaterialistas, Berkeley muestra tal confianza en la existencia del mundo que está seguro de que las cosas que ve y que toca “realmente existen, ni siquiera me lo cuestiono”⁶, algo que se confirma al tener en cuenta que las ideas o cosas, respecto al mundo sensible, son ajenas a la voluntad del perceptor.

El mundo externo, sin la materia, “se hace patente al perceptor, *de manera plena*: lo que percibimos *es lo que hay* –señala Robles– y no tenemos que suponer la existencia de algo más, por siempre oculto a nuestra percepción. Berkeley propone, pues, que *el mundo presente ante nosotros* es el mundo real”⁷. Eliminando el sustrato material ya no hay que postular ningún tipo de acción a distancia con una causa misteriosa, porque desaparecen *ipso facto* los dos mundos, por un lado, el mundo presente ante mí captado inmediatamente por mis sentidos, y, por el otro, el mundo material o corpuscular ‘detrás’ de las ideas que resulta incognoscible al sujeto. Esta confianza inmaterialista en el mundo es la que subyace cuando Berkeley asevera que “si cualquier persona piensa que esto [negar la sustancia corpórea] quita existencia o realidad a las cosas, está muy lejos de haber comprendido lo que se ha establecido en los términos más sencillos que pude pensar”⁸.

En la cita anterior sobresale la idea de no quitarle “realidad a las cosas”. Al parecer, nuestro autor sabe que hay cosas que tienen realidad, es decir, que son reales; conviene preguntarse a qué se refiere con esto. Para responder esta cuestión hay que remitirse brevemente a la ontología del filósofo, conformada

⁴ George Berkeley, *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge* (en adelante *Principles*), en *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*, ed. T. E. Jessop (Londres: Nelson & Sons Ltd., 1949), 55, §34. Salvo cuando se indique lo contrario, la traducción de las citas es mía.

⁵ Berkeley, *Principles*, 55, §34.

⁶ Berkeley, *Principles*, 56, §35.

⁷ José A. Robles. “Inteligibilidad y cualidades sensibles: de Descartes a Berkeley o de la resurrección de las cualidades secundarias,” *Diánoia* XLIV, núm 44 (1998): 57.

⁸ Berkeley, *Principles*, 56, §36.

por ideas y espíritus⁹. En primer lugar no referiremos a las ideas y, en particular, a las llamadas ideas del sentido, que –cabe recordar– ya comienzan a ser delimitadas en los PC, pero es a partir del primer párrafo de los *Principles* cuando serán realmente definidas. Como sabemos, estas ideas, en oposición a las ideas de la reflexión, al no depender del espíritu para su existencia son “externas respecto a su origen, en el sentido de que no se generan desde dentro, por la mente misma”¹⁰. El hecho de que desde la época de los PC, cuando Berkeley contaba con veintidós o veintitrés años, haya llamado a estas ideas “cosas reales” (“Las Ideas del Sentido son las cosas Reales o Arquetipos”¹¹), por ser ordenadas y coherentes y tener “más realidad en sí”, permite aseverar que para el irlandés hay algo ‘real’ que no depende de la voluntad del perceptor, es decir, que hay algo externo al espíritu (un entorno o mundo) que permanece estable pese a las posibles contingencias de los seres finitos; lo cual posibilita afirmar –conviene subrayar– que son las ideas del sentido las que constituyen el mundo externo¹². Además, en tanto que estas ideas o cosas reales requieren de la percepción sensible para su existencia, es posible argüir que Berkeley es de la opinión de que debemos confiar en nuestros sentidos, porque son los que brindan conocimiento certero del mundo externo¹³.

Se debe recordar aquí que para la constitución de ese mundo externo también son útiles las otras ideas, esto es, las llamadas ideas de la reflexión (también mencionadas en el primer párrafo de los *Principles*), en tanto que son la contraparte de las ideas del sentido, pues al ser fruto de la combinación, mezcla o separación de éstas se convierten en ideas débiles y cambiantes (ya que con frecuencia surgen y desaparecen de la mente perceptora), y por ello se les considera propiamente “ideas o imágenes de cosas”¹⁴.

De las características de las ideas del sentido y de la reflexión surge la importante contraposición entre ‘sensación’ e ‘imagen’, originada –sostiene Martínez Liébana– porque “el espíritu puede despertar a elección las ideas que quiera, mas éstas no serán sino imágenes, copias debilitadas de la verdadera realidad. La sensación, en cambio, dotada de mayor vivacidad y coherencia, constituye lo exterior e independiente, notas esenciales del concepto de realidad”¹⁵. Tanto las sensaciones como las imágenes son ideas y por lo tanto dependen y existen en el espíritu; empero, son las primeras las que constituyen el ámbito de lo real, que se caracteriza tanto por la exterioridad como por la independencia respecto del sujeto perceptor. Esta exterioridad e independencia está presente en las propias ideas del sentido, y se muestra tanto en el hecho de que los objetos sensibles no

¹⁵ Ismael Martínez Liébana, “Conocimiento y mundo externo en Berkeley,” *Diálogo Filosófico*, núm. 46 (enero/abril, 2000): 73.

dependen de la voluntad de la mente perceptora, por eso “cuando a plena luz del día abro los ojos, no está en mi poder elegir entre ver o no, o determinar qué objetos concretos se presentarán ante mi vista”¹⁶, como en el orden y la regularidad (de las ideas), independientes por igual de dicha mente, que denotan un fuera de sí, es decir, un algo exterior o mundo que es estable, coherente y está bien organizado.

A pesar de que los objetos de los sentidos que conforman el mundo externo no son más que ideas o “sensaciones combinadas, mezcladas o (si uno puede hablar así) solidificadas”¹⁷, éstos se mantienen existiendo porque su existencia no depende de una mente perceptora en particular, sino de cualquier mente; por ello, “no podemos concluir que sólo existen cuando son percibidos por nosotros, ya que puede haber algún otro espíritu que los perciba aunque nosotros no lo hagamos”¹⁸. El hecho de que el mundo se mantenga inalterable y constante se da gracias a que es percibido por cualesquiera mentes, lo cual es importante de señalar porque, de no ser así, fácilmente se podría objetar –como el propio Berkeley reconoce¹⁹– que en su filosofía todo se crea y aniquila a cada instante, algo inadmisibles para el propio filósofo²⁰.

2. Las ideas de la vista y el tacto en la conformación del mundo externo

He dicho que las ideas de los sentidos que conforman el mundo son objetos o cosas reales, sin embargo, como se desprende del propio Berkeley que los objetos del sentido que tienen mayor relevancia epistemológica son los visibles y los tangibles, me centraré en estos dos. Recordemos que es en la obra de 1709, en su famoso *An Essay towards a New Theory of Vision*, en donde Berkeley distingue entre lo visible y lo tangible²¹ y considera que las ideas de cada uno son totalmente heterogéneas y distintas, pero debido a la “experiencia” es posible vincularlas

¹⁶ Berkeley, *Principles*, 53, §29.

¹⁷ Berkeley, *Principles*, 84, §99.

¹⁸ Berkeley, *Principles*, 61, §48 y 80, §90.

¹⁹ Berkeley, *Principles*, 59-61, §§45-48.

²⁰ El llamado ‘argumento de la continuidad’ aparece sobre todo en el segundo de los *Dialogues*. Berkeley, *Dialogues*, 230 ss.

²¹ Es interesante mencionar lo que Robles señala sobre las ideas de la vista y el tacto y su relación con la extensión. Las ideas (del sentido) –dice– al no ser modificaciones del espíritu no son inextensas, por eso Berkeley propone que sin la “cualidad cartesiana de la extensión” no sería posible a la vista percibir sus objetos propios, luz y colores, ni al tacto los suyos, texturas táctiles. Para el irlandés, “*las extensiones* (visual y táctil) son *condiciones necesarias* de la presencia, antes nuestros sentidos (vista y tacto), de las características definitorias del mundo sensible”, pues sin la extensión los sentidos no podrían registrar ninguna cualidad sensible. Cfr. Robles, “Inteligibilidad,” 56-58.

al reconocer por el tacto los objetos previamente percibidos por la vista²². Este vínculo le permite establecer que, pese a su heterogeneidad, estas ideas se entrelazan, y lo hacen a través de la relación entre el signo y lo significado, que incluye posteriormente la relación entre la palabra y la idea por ella significada. Así, lo visible se convierte en una especie de signo preventivo de lo tangible, porque constituye un lenguaje natural, instituido por la voluntad divina, que indica en cada momento qué ideas táctiles afectarán nuestra sensibilidad²³. Por consiguiente, tal parece que lo visible se limita a informar sobre lo tangible, que es realmente lo que afecta al cuerpo al imprimir en él diversas ideas. Esto significa, entonces, que el tacto tiene “una prevalencia significativa en la aprehensión del mundo externo”²⁴, porque es el vínculo con la exterioridad, hecho que lo convierte en la vía de acceso a lo extramental. Esto se colige del propio caso (hipotético) que aparece en la obra en relación con una mente incorpórea: “considera el caso de una inteligencia o espíritu incorpóreo que se supone ve perfectamente bien, i.e., tiene una clara percepción de los objetos propios e inmediatos de la vista, pero no tiene sentido del tacto”, lo que lo hace carecer por completo de la noción de distancia, espacio, cuerpo y exterioridad²⁵.

Pese a lo anterior, es necesario aclarar que para Berkeley no cabe hablar de objetos táctiles ‘reales’, en el sentido de que lo ‘real’ o extramental implica independencia del sujeto perceptor. El mundo externo no depende de un sólo sentido, sea el tacto o la vista (aunque pueda decirse que el tacto establece con mayor fuerza la relación entre el espíritu y el mundo sensible), más bien se conforma de su “relación mutua, en el continuo evocarse de sus contenidos respectivos”²⁶. Incluso, sería más apropiado decir que el mundo no sólo se constituye de la relación entre lo visual y lo táctil, sino de la correlación entre todas las percepciones sensibles, por eso dice el propio Berkeley que “tales y cuales ideas se presentan juntamente con tales y cuales otras, en el curso ordinario de las cosas²⁷”. El mundo externo, por consiguiente, se presenta al perceptor como un conjunto de diversos aspectos ‘necesariamente unidos’ que Berkeley se cuida de no separar. Al señalarlos, lo que hace es simplemente distinguirlos para indicar que varios de esos aspectos del mundo se presentan unidos e interconectados, debido a la propia configuración de los órganos de percepción.

²² Berkeley, *Essay towards a New Theory of vision*, 223, § 129 y *Principles*, 58, §43.

²³ Berkeley, *Essay*, 231, §147 y *Principles*, 58-59, §44.

²⁴ Martínez Liébana, “Conocimiento,” 76.

²⁵ Berkeley, *Essay*, 233, §153-154.

²⁶ Martínez Liébana, “Conocimiento,” 76.

²⁷ Berkeley, *Principles*, 53-54, §30.

3. Dios, ontología y mundo externo

En este breve apartado me propongo mostrar la profunda relación que guardan entre sí la ontología y el mundo externo a través de la figura de Dios. Es probable que dicha relación o vínculo se intuya de lo mencionado anteriormente, sin embargo, es importante explicitarlo y a eso dedicaré las siguientes líneas.

3.1 Dios y la ontología

Hemos dicho que las ‘ideas’ o ‘cosas no pensantes’ son seres inertes, fluctuantes y que dependen para su existencia de ser percibidas. Hay dos tipos de ideas, las de la reflexión y las del sentido, que, pese a sus diferencias, tienen la característica común de requerir ser percibidas para existir. Los únicos que pueden percibir las ideas son los espíritus o mentes, esto es, seres activos, pensantes y perceptores que tienen voluntad y entendimiento, gracias a lo cual actúan sobre las ideas y también las reciben (aunque no pasivamente, sino sirviéndose de la atención selectiva).

Si uno se detiene a pensar un momento en las características básicas de la ontología berkeleyana, podrá darse cuenta que dicha ontología toma como base la relación ‘activo-pasivo’. Esto pone de manifiesto, además de las importantes influencias filosóficas que hayan servido a ello, que probablemente su ontología está basada en la teología, ya que la relación activo-pasivo bien puede estar fundada –conociendo la filiación anglicana de Berkeley– en la dicotomía cristiana de actividad-pasividad (Dios-mundo o Creador-cosas creadas que llevan a la dicotomía luz-oscuridad, tierra-cielo, día-noche, bien-mal, etc.), tal y como se lee en el libro bíblico del *Génesis*²⁸. Desde esta perspectiva, las ‘ideas’, ya sean del sentido o de la reflexión, tienen que ser pasivas porque sólo así se justifica la acción creadora y permanente de Dios en el mundo, esto es, sólo así permanece dicho ser como un ser supremo y como el único verdaderamente activo, frente a una creación hasta cierto punto activa pero a la vez pasiva, al estar sujeta a los ‘bondadosos’ designios de su creador.

La relación pasivo-activo de la ontología berkeleyana también cobra sentido desde la perspectiva de Dios (entendido como un ser puramente activo), pues está a la base de su creación. Así, si Dios creó el mundo entonces produjo, por un lado, las cosas pasivas que lo constituyen (ideas), pero también creó, por otro lado, a los espíritus (finitos o creados) que, pese a ser en última instancia pasivos porque dependen de Dios para mantenerse “en el ser”, es decir, para conservar su existencia, también son activos en tanto que actúan sobre las cosas pasivas. Podría decirse, incluso, que la relación activo-pasivo equipara-

²⁸ *Génesis I en Biblia de Jerusalén* (Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, 1975, 2ª edición).

ría, hasta cierto punto, a las dos entidades ontológicas (idea [pasiva] y espíritu [activo]), ya que al ser ambas creadas y dependientes serían pasivas respecto a Dios, mientras que Éste, al ser pura actividad, representaría la parte activa dentro de esta concepción.

Por otro lado, al fungir Dios o el “Supremo Espíritu” como sostén de las ideas y de los espíritus, por ser soporte de toda percepción, es que se le considera una sustancia, pero no cualquier sustancia sino la sustancia infinita pensante, también entendida como sustancia eternamente perceptora. En la ontología de Berkeley, por lo tanto, sólo Dios es una sustancia (mental) en el sentido tradicional de la palabra, pero así como Éste es requerido para asegurar la realidad de los cuerpos, los espíritus finitos o sustancias mentales también son introducidas para ello, es decir, para asegurar la realidad de las cosas corpóreas o materiales²⁹.

En consecuencia, el hecho de que lo pasivo-activo sea fundamental para la teología cristiana permite sostener –a modo de hipótesis– que no fue casual, ni fortuito, que Berkeley haya fundamentado su ontología sobre esta misma base. Más aún, es probable que el irlandés haya sido tan consciente de ello que, deliberadamente, decidió basar su ontología en la dicotomía pasivo-activo (idea-espíritu), para desde el terreno filosófico-racional “hacer callar para siempre tanto a los escépticos como a los ateos, al contar sólo con espíritus e ideas, y si este esquema de razón concuerda perfectamente tanto con la razón como con la religión, creo que podemos esperar que sea admitido y aceptado firmemente aunque sólo se propusiese como una hipótesis”³⁰.

3.2 Dios, ontología y mundo externo

La ontología berkeleyana –tal como se ha sostenido– no sólo no está dissociada del mundo externo, sino que, por el contrario, lleva directamente a él; por eso retomaré parte de la caracterización de las ideas mencionada anteriormente. He dicho que hay dos tipos de ideas, inteligibles y sensibles o, dicho de otra manera, de la reflexión y del sentido, que existen en tanto que son percibidas por algún espíritu; sin embargo, mientras las primeras son débiles y fluctuantes y existen sólo en una mente específica, las segundas son fuertes y constantes y existen con independencia de una determinada mente o espíritu, por eso sean o no percibidas por una mente cualquiera seguirán existiendo.

Las ideas del sentido u “objetos cotidianos”, como les llama Bettcher³¹, afec-

²⁹ Robert G. Muehlmann, “The Substance of Berkeley’s Philosophy,” en *Berkeley’s Metaphysics: Structural, Interpretive, and Critical Essays*, edit. Robert G. Muehlmann (University Park: Pennsylvania State University Press, 2004), nota 24, 103.

³⁰ Berkeley, *Principles*, 102-103, §133.

³¹ Talia Mae Bettcher, *Berkeley. A Guide for the Perplexed* (Londres: Continuum, 2008).

tan a los espíritus creados porque imprimen en ellos, quiéranlo o no, diversas sensaciones. Si dichas percepciones forzosamente los afectan es porque son distintas y ajenas a ellos, lo que lleva a Berkeley a sostener que tendrán que depender de otro espíritu distinto, cuyo poder causal las haga existir al percibir las. Esta otra mente que causa las ideas sensibles no sólo es “más poderosa”³² que los espíritus creados, porque de ella dependen las sensaciones que los afectan, también es más duradera que ellos, puesto que las ideas sensibles que de ella dependen se mantienen constantes y con independencia de la finitud de los espíritus, por eso se le puede considerar una “mente eterna”, como le llama en varias de sus obras. Esta mente eterna, espíritu o Dios es, en suma, la “causa inmediata” de las ideas sensibles que constituyen el mundo externo, pues es la “responsable” de producir en los espíritus todas las ideas que perciben y captan³³; hecho que para el irlandés es fácilmente constatable: “Está claro –dice– que nada puede ser más evidente para cualquiera que sea capaz de la más mínima reflexión que la existencia de Dios o de un Espíritu, que está íntimamente presente a nuestras mentes, que produce en ellas toda esa variedad de ideas o sensaciones que continuamente nos afectan, y de quien dependemos total y absolutamente”³⁴.

Berkeley tiene claro que el mundo natural, sensible o externo, depende, en última instancia, del espiritual, por eso alega que dependemos totalmente de un espíritu hacedor o Dios, que supervisa los asuntos del mundo y le da continuidad y permanencia a través de la manutención de las ideas de la percepción. El hecho de que este espíritu o mente eterna conserve el mundo con orden, coherencia e inteligibilidad, lo cual es de suma utilidad para los espíritus finitos, es una prueba de su “inmensa sabiduría, poder y bondad”³⁵.

El mundo externo, visto como un todo, no está constituido por una mera colección de objetos pasivos, cuyo objetivo por parte de los espíritus finitos sea simplemente captar para describir, como si se trata de naturalistas que reducen lo que ven a objetos y leyes naturales pasivas con el propósito de descubrir esas leyes y expresarlas de manera sistemática. Por el contrario, “la realidad externa –dice Roberts– es una cosa activa, una mente, una voluntad, es Dios. El mundo natural, esa vasta colección de ideas del sentido, sólo proporciona una mediación entre nosotros y aquella voluntad; su estatus de real [del mundo] depende de la existencia de ese espíritu”³⁶. Este mundo o realidad externa está

³² Berkeley, *Principles*, 54, §33.

³³ Bettcher, *Berkeley*, 15.

³⁴ Berkeley, *Principles*, 109, §149.

³⁵ Berkeley, *Principles*, 65, §57.

³⁶ John Russell Roberts, *A Metaphysics for the Mob. The Philosophy of George Berkeley* (New York:

constituido por conexiones arbitrarias de ideas, como queda claro desde los *PC*: “No creo que las cosas se den por necesidad, ningún par de Ideas está conectado necesariamente, todo es el resultado de la libertad esto es todo es Voluntario”³⁷; y aunque se piense que por su conservación, orden y constancia, sus relaciones son necesarias, en realidad el mantenimiento del mundo, y de sus relaciones arbitrarias, se basa en la buena voluntad de un agente (Dios) que conserva sus pactos, y cuyos signos interpretables por los espíritus son infaliblemente confiables, es decir, dignos de confianza.

Las conexiones, que son arbitrarias, resultan entonces inteligibles tanto por la buena disposición de esa Voluntad (que podríamos llamar con reservas ‘causal’) como por la habilidad, dada por ella misma, para acercarnos al mundo natural “como un objeto apropiado de *interpretación*”³⁸. El espíritu finito interpreta los fenómenos naturales que se dan en el mundo como si se tratasen de un discurso o lenguaje, y por ello las regularidades percibidas que dan sentido a ese mundo son consideradas –en opinión de Roberts– “regularidades *lingüísticas*”, que establecen una relación entre signo y cosa significada. El mundo, pues, es interpretable, por eso tanto la mente finita humana como la mente infinita de Dios usan los objetos o cosas pasivas del mundo como medios de comunicación. Esto es lo que lleva a varios comentaristas, como el caso de Carmen Nols³⁹ o el propio Roberts, a sostener que Berkeley defiende la tesis de que la inteligibilidad del mundo depende de su interpretabilidad, pero también habría que recordar que si el mundo existe y es inteligible es gracias a que está presente en una mente que –al menos hasta hoy– siempre lo percibe (asunto que ya aparece en el *Essay* de 1709 y que continúa apareciendo a lo largo de la producción filosófica de nuestro autor).

Para Berkeley, se puede concluir, basta el hecho de haber un mundo para garantizar la existencia de Dios, y por el mero hecho de que tal ser haya creado ese mundo se garantiza su permanencia, lo que confirma que para su epistemología la fe es una actitud fundamental sobre la cual depende no sólo el conocimiento, sino, más aún, nuestra propia existencia.

4. Comentarios finales

Oxford University Press, 2007), 84.

³⁷ George Berkeley, *Comentarios filosóficos. Introducción Manuscrita a los Principios del conocimiento humano. Correspondencia con Johnson*. J. A. Robles (trad.) (México: IIF’s-UNAM, 1989), 127, comentario 884.

³⁸ Roberts, *A Metaphysics*, 84.

³⁹ Carmen Nols, *Zeichenhafte Wirklichkeit. Realität als Ausdruck der kommunikativen Präsenz Gottes in der Theologie George Berkeleys* (Tübingen: Mohr Siebeck, 2011), 211 ss.

En este escrito se intentó mostrar que el mundo externo no es un problema para Berkeley, de hecho, en ningún momento lo cuestiona ni lo pone en duda, y que por las mismas razones su filosofía no lleva a ninguna forma de solipsismo. Además, se intentó evidenciar que el mundo externo funge como vínculo entre los dos conceptos ontológicos berkeleyanos porque es en él en donde interactúan. Por otra parte, estos conceptos fueron interpretados a la luz de la teología, por eso se hizo hincapié –a partir de lo dicho por el propio filósofo– en los espíritus o mentes como la parte activa y en las ideas como la parte pasiva, intentando con ello relacionarlos con las dicotomías propias del credo cristiano. A partir de ello se consideró que el propio mundo, por sus mismas características, revela un “espíritu rector” detrás de él. Su regularidad, orden y permanencia permiten colegir que sólo un espíritu sustancial o Dios, que mantiene la existencia de todas las cosas, puede haber sido su creador, pues sólo Él tiene la capacidad y las cualidades para conservarlo.

Con esto último he intentado mostrar, además, que en la ontología berkeleyana se pone de manifiesto una combinación entre teísmo y empirismo, pues supone que la realidad, esto es, todo lo dado en el mundo de manera sensible, tiene un fundamento espiritual, ya que la existencia de cada cosa, de todo, depende en última instancia de la existencia de un espíritu o mente divina también llamada Dios.

Bibliografía

- Berkeley, G., *Philosophical Commentaries*, en: *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*, Luce, A. A. (ed.). London: Nelson & Sons Ltd., 1948-57, 9 vols. Vol. I, 1948.
- _____, *A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge, Three Dialogues Between Hylas and Philonous*, en: *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*, Jessop, T. E. (ed.). London: Nelson & Sons Ltd., 1948-57, 9 vols. Vol. II, 1949.
- _____, *Alciphron or the Minute Philosopher*, en: *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*, Jessop, T. E. (ed.). London: Nelson & Sons Ltd. 9 vols. 1948-57, 9 vols. Vol. III, 1950.
- _____, *Comentarios filosóficos. Introducción Manuscrita a los Principios del conocimiento humano. Correspondencia con Johnson*. J. A. Robles (trad.). México: IIF's-UNAM, 1989.
- Bettcher, Talia Mae. *Berkeley. A Guide for the Perplexed*. Londres: Continuum, 2008.
- Cassirer, Ernst. *La Filosofía de las formas simbólicas*. 3 vols. México: FCE, 1976.
- Hight, M.A. (ed.). *The Correspondence of George Berkeley*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013.
- Liébana Martínez, Ismael, “Conocimiento y mundo externo en Berkeley”. *Diálogo Filosófico* nº 46 (enero/abril, 2000): 69-76.

- Luis López, Alberto, "Berkeley: sobre el conocimiento nocional de la mente", *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía* 22, núm. 1, mayo (2017): 137-154.
- _____, "Sobre la ontología inmaterialista: el concepto de idea en Berkeley", *Areté. Revista de Filosofía* 31, núm. 2 (2019): 427-449.
- Muehlmann, Robert G. "The Substance of Berkeley's Philosophy". En *Berkeley's Metaphysics: Structural, Interpretive, and Critical Essays*, edit. Muehlmann, Robert, 89-105. University Park: Pennsylvania State University Press, 2004.
- Nols, Carmen. *Zeichenhafte Wirklichkeit. Realität als Ausdruck der kommunikativen Präsenz Gottes in der Theologie George Berkeleys*. Tübingen: Mohr Siebeck, 2011.
- Roberts, John Russell. *A Metaphysics for the Mob. The Philosophy of George Berkeley*. New York: Oxford University Press, 2007.
- Robles, José Antonio. "Inteligibilidad y cualidades sensibles: de Descartes a Berkeley o de la resurrección de las cualidades secundarias". *Diánoia* XLIV, núm 44 (1998): 33-62.